

hoy que son simples conglomerados donde el hombre se aloja, pero no puede albergarse. Pues que no se vive en una casa sino en una ciudad. Y esto: que el hombre viva en una ciudad ante todo y no solamente en una casa, parece ser que se haya olvidado. No se trata de un simple olvido pues que el mecanismo del olvido obedece a ciertas leyes. No es propiamente la memoria lo que había que explicar, es el olvido lo que pide ser explicado, como sucede en el amor. Y todo viene a ser amor, fe. Todo lo que es creación humana hunde en el amor y en la fe sus raíces.

Y así parece lícito preguntarse si acaso no será que se haya perdido la fe en la ciudad, aunque las ciudades, los pueblos existan. Pero no como antes, es decir: que la ciudad de hoy venga a ser un resultado, un "producto" y no una creación, según la distinción que señalábamos al comienzo de estas líneas.

Raramente hoy surgen ciudades; lo que se edifica son extensiones urbanas, urbanizaciones. Se comienza, esto, como se comenzaba en la ciudad antigua, por acotar un terreno o por aprovechar uno que ya estaba poblado, pero se hace con un interés muy diferente. La ciudad antigua era un espacio sacralizado, una especie de expresión de un voto, es decir: de una fe y de un amor. Tenía ante todo y antes que nada un centro y unos límites. En la ciudad mediterránea se trazaban dos grandes calles principales en cruz y así formaban los cuatro barrios de la ciudad que venía a ser prácticamente un círculo con sus murallas. Era la ciudad ante todo un templo. Pues que templo es el lugar donde el hombre por el solo hecho de estar en él, se siente entre cielo y tierra, en su sitio; en el lugar del hombre en el cosmos, usando la afortunada expresión del filósofo hebreo alemán Max Scheler, título de uno de sus libros. Buscar el "lugar del hombre en el cosmos" es buscar un templo. Un lugar donde el hombre, conservando su soledad, está

en comunicación y en compañía. Que sin soledad y compañía el hombre está desquiciado. Y ahora en las extensiones urbanas, producto del ocaso y de una, desde luego, laudable voluntad de dar a los hombres un alojamiento sano y confortable, el hombre se siente no solo, sino aislado. Le falta el centro; el sentirse ser miembro de una ciudad que tiene una función creadora, que tiene un honor al cual la vida misma se debe. Falta el contenido moral y en amplio sentido religioso. La ciudad antigua por sí misma era una religión y al serlo era una inspiración. Y espero que no entienda el lector que esto quiere decir que haya que implantar obligatoriamente el culto a una determinada confesión religiosa; que haya que renunciar al bien supremo del respeto a las diferencias de confesiones religiosas y naturalmente, de razas. En este punto no es posible volver atrás. No; la cuestión no es renegar de la "democracia", sino cumplirla. En aquellas maravillosas ciudades con barrios inmundos, gentes condenadas de por vida a la humillación y al hambre; injusticia; esclavos en una u otra forma. La cuestión, el empeño es eliminar todo eso y crear centros, ciudades verdaderas. Ciudades nuevas ciertamente, donde resplandezca un orden, una armonía, en cuyas entrañas no se esconda la miseria y la humillación; donde no haya palacios en cuyas mazmorras giman los condenados bajo el rumor de la fiesta; donde no haya lugares donde bárbaramente o con procedimientos asépticos, dé la muerte y se torture. Sí, puede parecer un sueño. Pero sueños han movido en parte la humana historia. El caso es soñar bien; soñar con la conciencia despierta.

LA CIUDAD³:

La ciudad. Una ciudad. Una ciudad cualquiera. La de cada uno, pues que cada hombre tiene su ciudad, la suya propia e intransferible la que no cambiaría por ninguna otra en el mundo, y la que no podría tampoco

³ Publicado en *Semana*, 11 de noviembre de 1964.

cambiar, ya que la ciudad es el lugar entre todos donde nuestra vida social y en ciertos aspectos esenciales íntima, crece y se expande. Porque la ciudad donde hemos nacido, crecido, donde quizás han nacido también nuestros antepasados, es la matriz, la madre que nos nutre y sustenta aun sin que nos demos cuenta de ello.

Mas un día, inexorablemente, nos damos cuenta de lo que es nuestra ciudad para nosotros. Un día, cuando nos hemos alejado de ella o cuando por algún acontecimiento de esos que está sembrada la historia, la perdemos aun quedándonos en ella.

Y ciudad en este sentido es no solamente la grande ciudad, la metrópoli, ni la pequeña ciudad provinciana, sino también el pueblo y aún el poblado o caserío donde nacimos o crecimos, donde ante todo aprendimos a hablar. Y aprendiendo a hablar, a ver, a mirar; a oír y escuchar; a reconocer las cosas y los seres dándole un nombre. Donde nos fueron trasferidas las primeras imágenes del mundo todo, visto; sentido desde "allí".

Pues que la ciudad en este sentido amplio y genérico es un lugar geográfico. Mas en este mundo no existen para el hombre lugares exclusivamente geográficos, sino lugares históricos, aunque, en algunos casos, poca historia haya habido en ellos. Historia, en este sentido amplio, genérico, es ante todo tradición: idioma, modos de considerar la vida, creencias religiosas, costumbres, formas de decir y de actuar, en suma: lo que se podría incluir en una amplia, genérica, definición de un "estilo de vida". Y con mayor precisión todavía con el término del filósofo alemán Dilthey "Weltanschauung", es decir, visión o concepción del Mundo. Se ve y se mira el mundo todo desde un lugar determinado: un lugar donde nos sentimos estar cobijados, un

lugar donde las cosas y los seres nos hablan directamente en un lenguaje que con palabras o sin ellas, no nos vemos obligados a traducir. Y este lugar lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestra vida, aunque hayamos entrado en familiaridad con otros lugares y con formas de cultura e idiomas diferentes.

Jorge Santayana, el filósofo de origen y nacimiento español, como se sabe, se trasladó a Boston junto con su madre y sus hermanos cuando contaba tan solo diez años. Allí, en Boston estudió y allí fue profesor; extrañamente no tuvo éxito alguno en una tentativa de entrar a formar parte en el Ministerio de Estado de España como traductor e intérprete que hizo en uno de sus frecuentes viajes a la Patria, cuando tenía poco más de veinte años. La "patria", hemos escrito porque nunca perdió su nacionalidad española. Después, dejada la cátedra, se retiró a vivir en Inglaterra y al fin se instaló en Roma donde murió tras más de veinte años de habitar en ella. Escribió como se sabe, en inglés todas sus obras de filosofía y de crítica y su única, extraordinaria novela *El último puritano*. Pero, en sus memorias, dice que ha mirado siempre el mundo desde Ávila, tal como la vio, ha seguido mirando, viéndolo todo, ya que todos, dice, necesitamos de un mirador. Y quizás por esto, pienso, no quisiera cambiar una nacionalidad de la que ningún provecho ni ventaja alguna había extraído ciertamente. Este lugar donde nos hemos iniciado a la vida es propiamente la ciudad primera, la que nunca se pierde se vaya donde se vaya después, sea o no lo que propiamente se llama una ciudad.

LA CASA: EL PATIO⁴:

La casa mediterránea se puede decir que consistía ante todo en un patio. En un espacio vacío pues y abierto al cielo: a la lluvia, al sol,

⁴ M-77, 1964.